

CARTA DE LA FRATERNIDAD GENERAL N° 12

Londres, 28 de febrero 1994

- de Carlo

Queridos hermanos,

La reunión de los regionales de Windsor pertenece ya al pasado. Como habéis podido leer en el informe, se puso el acento en las cuestiones prácticas del funcionamiento de la Fraternidad, tan claramente, que nos impide evadirnos de la realidad hacia las ideas bonitas. Por consiguiente, esta rápida mirada al espejo nos ha recordado que una marca característica del conjunto de su vida es su **FRAGILIDAD**.

Es inútil querer ilustrar ese hecho. Echad una mirada sobre lo que vosotros vivís, vuestras fraternidades, vuestra región. Pienso en nuestra extrema dispersión a través del mundo, en los límites de la comunicación entre nosotros. Los últimos años nos han dado pocas vocaciones, y cada vez tenemos más fraternidades cuyo futuro es algo incierto.

A lo largo del trabajo emprendido en Windsor para responder a esos desafíos, nuestra misma fe ha estado fuertemente interpelada por todas esas realidades. Las pocas pistas de reflexión que os propongo se inscriben en esta línea. Por tanto no es el trabajo concreto lo que me interesa ahora, sino el espíritu en el cual nos ponemos a la obra. A la luz de la fe, busco lo que se nos dice a través de nuestra fragilidad. Estamos acostumbrados a mirar en la fe las flaquezas individuales, pero mucho menos nuestra fragilidad como grupo. Esta es de lo que quiero tratar en este pequeño "epílogo sobre Windsor".

Solo una observación antes de cerrar esta introducción. Mi texto es finalmente bastante largo, sin duda demasiado... mientras que en conjunto deseáis cartas cortas y más frecuentes. Me disculpo. Sin embargo, ya os habéis dado cuenta, esa es mi forma de reflexionar y de ahondar en las cosas que me interesan en la vida de la fraternidad. Os comunico por tanto este texto tal cual esperando que no tengáis demasiada dificultad en leerlo.

Para empezar, creo, que **no tenemos derecho a dramatizar nuestra situación**. Basta con mirar el estado del mundo alrededor nuestro. Nuestro periódico, "The Guardian", publicó recientemente bajo el título "Detrás del telón de la indiferencia" una lista de campos de batalla en el mundo que dejan no solamente numerosos muertos, sino millones de refugiados, dispersos alrededor del mundo entero. Pueblos y familias desgarradas, soledades, corazones rotos y miserias. ¿Con qué derecho nos quejamos nosotros de nuestra dispersión y fragilidad? Frente a la suerte cruel de numerosas mujeres, hombres y niños, ¿no seguimos siendo privilegiados?

Más aún. Yo me pregunto incluso si Dios no se dispone por medio de nuestra fragilidad, a poner el dedo sobre un aspecto fundamental de nuestra vocación: que un grupo de religiosos aprenda a aceptar su propia flaqueza, su impotencia numérica, su dispersión y su lucha por sobrevivir como un **acto de solidaridad** con todos los pobres a los que esa suerte se les impone a la fuerza. En este acto, no veo nada de heroico, ya que somos nosotros los que tenemos que aprender, de esos desgraciados, que tienen una carga mucho más pesada que la nuestra, a relativizar un poco nuestra situación de debilidad y a hacernos

menos cómodos y más modestos.

Las reflexiones respecto a nuestra fragilidad como grupo se concentran a menudo en el hecho del **"pequeño número"** de hermanos nuevos. Es cierto, nosotros representamos en la Iglesia un número infinitamente pequeño: 250 cabezas entre un millón de religiosas y religiosos. Además, una modesta cantidad de vocaciones. ¿Qué efecto dejan estas constataciones en nuestra alma? Permitidme entrar en el tema por ese lado, incluso si otros accesos son posibles, como por ejemplo las dificultades de la vida fraterna o la situación de los hermanos solos.

Se oyen explicaciones diferentes sobre nuestro pequeño número. Un día, un hermano afirmaba que la Fraternidad tenía las vocaciones que ella merecía. Esta observación contiene, sin duda, una buena parte de verdad, ya que en primer lugar lo que atrae o retira a los jóvenes en búsqueda es **la autenticidad palpable de nuestra vida**.

Por otro lado, este análisis me parece excesivo. Supone conocer exactamente aquello que compone "el ideal" de nuestra vida, y corre el riesgo de olvidar que nos quedaremos siendo después de todo nuestro trabajo "servidores inútiles" (Luc 17,10), Dios puede trabajar con pecadores, si éstos se ponen en camino. ¡Eso toca al centro de la redención! El hecho de que Carlos de Foucauld se quedase solo, no dice nada en contra de la autenticidad de su vida, como tampoco las numerosas entradas en una congregación prueban la fidelidad a su carisma. Este mecanismo entre autenticidad de vida y número de vocaciones no se corresponde automáticamente. Efectivamente, nosotros no somos ángeles y eso da fragilidad al grupo. ¡Tenemos que volver a empezar a diario! Y sin embargo, no veo en el máximo de esfuerzos hechos la garantía de que nuestro número va a aumentar.

Según otra explicación, habríamos descuidado, durante largos años, el trabajo de **dar a conocer la Fraternidad**. Es cierto. Si en nuestros comienzos las vocaciones nos caían del cielo en abundancia, habrá tenido que haber "años de sequía" para que nos despertemos un poco de nuestra negligencia. De esta forma, desde hace algún tiempo, varias regiones han desplegado un gran esfuerzo a ese respecto. Era necesario, pues la vocación de Nazaret no es de nuestra propiedad; ella pertenece a la Iglesia y no tenemos el derecho de dejar la Fraternidad extinguirse por negligencia.

Además, yo incluso me digo que esta urgente necesidad no justifica cualquier medio para dar nos a conocer. Efectivamente, éstos deben acordarse con el estilo típico de la vida nazarena. ¡De esta forma no puede hablarse de la vida escondida con trompetas, ni propagar nuestra vida ordinaria con una publicidad extraordinaria!

Corresponde a cada región verificar si ella invierte lo necesario para dar a conocer nuestro carisma, pero también si lo hace de una forma "nazarena".

Resumiendo, no creo que nuestro futuro dependa prioritariamente de nuestros esfuerzos publicitarios, por necesarios que sean.

Otra interpretación pone el dedo sobre nuestro **estilo poco seguro de vida**. Los jóvenes de hoy tendrían necesidad de más estructuras, que no encuentran con nosotros. Y, partiendo de este argumento dado, algunas pistas más tranquilizadoras se proponen rápidamente, tratando de poner remedio. Ellas

piden una vida más estructurada, insistiendo en la importancia de las condiciones materiales de una "fraternidad de acogida", abogando por fraternidades más numerosas, etc.

La respuesta a tales argumentos exige matices, ya que la inseguridad de nuestra vida conoce causas diversas. Por consiguiente, si no queremos reaccionar de forma demasiado instintiva, se impone un discernimiento. Además, es necesario admitir que hay fuertes matices de sensibilidad de una cultura a la otra, y por consiguiente, conllevan exigencias diferentes.

La inseguridad tiene un lado que es consecuencia directa de lo que nosotros queremos vivir. En una vida solidaria, compartimos el temor, la angustia, la inseguridad de aquellos que nos rodean. Mt.16,24 expresa bien su dimensión mística: "Si alguien quiere seguirme, que renuncie a sí mismo, coja su cruz y me siga". Nada nos permite disimular ese riesgo existencial o querer protegernos. Incluso la acogida y la formación deben llevar esa marca, ya que es en el agua donde se aprende a nadar. La preparación a una vida en el frente no puede hacerse en el ambiente de un hogar demasiado protegido.

Por otro lado, la iniciación a nuestra vida exige ciertamente una pedagogía, ya que, humanamente, nuestros candidatos vienen a menudo desde muy lejos. Es cierto, no le sirve a nadie saltar al agua para ahogarse. Una buena iniciación exige apoyos que ayuden a las personas a afirmarse y a crecer. Pero la finalidad de esta iniciación seguirá estando determinada por las condiciones aseguradoras de una vida nazarena.

Hay sin embargo otra faceta de la inseguridad que no se justifica por todos sitios en referencia a nuestra vocación. La historia nos lleva a un estado de dispersión que, en algunas regiones, no permite ya una mínima comunicación entre los hermanos, y con mayor razón, la acogida de jóvenes. Es un campo de fragilidad que se presenta mortal para la Fraternidad si no encontramos remedios, estructurales y personales, para llegar a situaciones de fraternidades que garanticen un mínimo de solidez.

Respecto al pequeño número, me gustaría añadir a estos ensayos de explicación, que contienen todos una porción de verdad, pero que a veces me parecen demasiado unilaterales o exclusivos, otro elemento tratando de captar mejor nuestra situación de fragilidad. Yo le daría una importancia que a veces tenemos tendencia a olvidar. Ya una mirada rápida sobre la Fraternidad manifiesta que el número de hermanos jóvenes que entran en la Fraternidad parece depender del **clima general** del cual está impregnada **la vida social de nuestros países y la vida de la Iglesia**. De esta forma, nuestro primer periodo de gran prosperidad numérica se inscribe en el poderoso proceso de iniciativas por parte de la Iglesia de Francia haciendo frente a la descristianización de las masas ("Misión de Francia", sacerdotes obreros, etc), en los años que siguen a la segunda Guerra Mundial. El terreno era propicio y permitía el nacimiento y el impacto del libro de René Voillaume "En el Corazón de las Masas", y al mismo tiempo el éxito de la Fraternidad en aquella época. Esa corriente vital se prosigue hasta llegar más tarde al Vaticano II (1962-65), y por otro lado sobre los acontecimientos de 1968.

En Europa occidental, esta época estaba impregnada por visiones constructivas en la Iglesia y en nuestras sociedades. Poco después se siguió una fase de desilusión y de regresión. Hoy día, para describir el ambiente general (creo además que eso supera las fronteras de Europa), yo utilizaría la palabra "miedo". La libertad de espíritu deja paso a la ley, las

grandes visiones a la resignación oculta: fundamentalismos, nacionalismos y racismos de todas clases tratan de crear espacios de seguridad. Se busca la "visibilidad". La seguridad se convierte en el gran ídolo.

Por decirlo honestamente, ¡la Fraternidad nada a contra corriente! ¿Es tan sorprendente que en los últimos años nos hayan traído tan pocas vocaciones cuando las congregaciones más "seguras" constatan un aumento notable? ¿No puede cambiar nuevamente el clima?

Esta fragilidad de la Fraternidad abordada por el lateral del "pequeño número" sin duda puede dar lugar a otras interpretaciones. Pero ahora me gustaría reflexionar sobre un tema que todos estos ensayos dejan sin respuesta: **el reclutamiento de vocaciones ¿es el criterio determinante, o incluso exclusivo,** para nuestros esfuerzos y para la "conducta general" de la Fraternidad? ¿O bien hay otros puntos de referencia importantes que hay que respetar? Hago la pregunta tan clara porque creo que a ese respecto nuestras reacciones espontáneas revelan a veces ambigüedades que nos cuesta confesar explícitamente.

Hay un criterio que me parece más importante para la marcha de la Fraternidad que el de su simple "supervivencia física": es **su obediencia a la llamada que ella recibió del Señor!** Estamos instintivamente tentados de medir nuestra autenticidad por el éxito exterior. Sin embargo una mirada sobre la Escritura Santa y la historia de la Iglesia abre a otra dimensión: fidelidad al carisma y supervivencia física pueden entrar incluso en un conflicto doloroso o mortal!

Los profetas, ¿adaptaron su mensaje a lo que el pueblo quería escuchar? ¿No arriesgaban su vida en obediencia a la llamada que Dios les había dirigido? Su criterio decisivo seguía siendo la fidelidad a su vocación.

¿O Jesús? El Evangelio nos transmite su conflicto interior: ¿qué reino tenía que instaurar? Él no obedecía a las esperanzas mesiánicas del pueblo, ni siquiera a la de sus discípulos (!), sino a la voluntad del Padre. Eso le costó la vida. Por ello el mundo entero fue salvado. Cumplir esta voluntad del Padre era la referencia última para Jesús.

¿Y Carlos de Foucauld? En varias ocasiones se encontró en el dilema: ¿tenía que ponerse a fundar una congregación, lo cual deseaba profundamente, o tenía que dar cabida a los impulsos imprevistos y a las circunstancias que expresaban para él la voluntad de Dios, pero que comprometían al mismo tiempo todo proyecto de fundación?

¡Él eligió la última exigencia! ¡Ese grano de trigo cayó en la tierra solo!... y ¡así empezó la historia de la Fraternidad!

No creáis que estoy abogando por la muerte de la Fraternidad! ¡Al contrario!. Jesús, los profetas, Carlos de Foucauld luchaban por la VIDA, pues **Dios quiere la VIDA,** y Él la exige **para todos,** pero su corazón late en primer lugar por los excluidos, los desvalidos, los más sencillos. Nosotros no podemos presentarle la vida de la Fraternidad sola. El la quiere en "el corazón de las masas", Él la quiere junto con la de las masas. Él espera nuestra lucha y oración apasionada por la VIDA en nuestros lugares de trabajo, en nuestros barrios, en nuestras amistades, y Él pide que nos resistamos y recemos contra todas las fuerzas que lo impiden; ellas son poderosas en nosotros mismos, en la injusticia de las estructuras sociales, económicas y políticas.

Vivir contra corriente puede ser peligroso, hace vulnerable, puede costar la vida. Nada puede garantizarla, pero la Buena Noticia nos lo anuncia: es el camino que lleva a la meta, a la VIDA.

Todo esto vale igualmente para la Fraternidad como grupo. Tenemos que comprometernos por ella con todas nuestras fuerzas a todos los niveles, porque ella quiere estar al servicio de la vida de aquellos que nos rodean. Por tanto tenemos también que aceptar nuestra fragilidad, en tanto que ella refleja la situación precaria de nuestros amigos.

¿Cuál será el futuro de la Fraternidad? ¡Hagamos todo lo posible porque viva! ¿Qué forma tomará esta tensión perpetua entre el compromiso por su viabilidad y la fidelidad a nuestra llamada? ¡No lo sé! Intentemos conciliarlos constantemente; pero allí donde se excluyan, es la obediencia al carisma lo que debe ser prioritario para la Fraternidad. ¿Qué quiere decir obediencia al carisma? Este no es el lugar de hablarlo. Sin embargo, hay que decir que no puede ser una interpretación puramente individual: más bien se realiza en una búsqueda viva y comunitaria a través de todos los medios de diálogo que están a nuestra disposición.

Es probable que la Fraternidad forme un día un grupo importante. Sería incluso contradictorio de querer vivir nuestra vocación desde una posición de fuerza. Podemos comprender la palabra de Miqueas (6,8) como si nos estuviese dirigida: "Se te ha hecho saber lo que está bien, lo que Yahvé reclama de ti: solamente cumplir la justicia, amar con todo tu corazón y caminar humildemente junto a tu Dios".

Si la FRAGILIDAD forma parte integrante de la vida de la Fraternidad, yo sigo interrogándome sobre **el mensaje** que se da a través de ella.

Esta fragilidad puede recordarnos que la vocación de **"Nazaret" es más grande que** la Fraternidad. "Nazaret", esta vida poco aparente, corriente y sencilla, que por tanto se hace grande a los ojos de Dios, no es propiedad nuestra. Ella hace referencia al corazón del Reino (Mt 25, 31 ss) hacia el cual se dirigen no solamente nuestras vidas, no solamente la Iglesia con todos sus esfuerzos pastorales, sino también la insignificante marcha de incontable gente pequeña en el mundo entero. En este camino, ciertamente, tenemos un papel específico, como una especie de "estimulante cardíaco", pero no olvidemos la "pequeñez" de nuestra importancia!. Nuestras limitaciones nos invitan a aceptar lo que somos: un pequeño instrumento en la mano del Señor, del cual se sirve, como quiere y mientras quiere.

La fragilidad de la Fraternidad ¿no despierta ella nuestra atención a la vida y a la muerte del mismo Jesús, a las que Dios, de una forma **misteriosa** atribuyo una **fecundidad salvadora** universal?

Esto nos invita a caminar con la misma esperanza. Tras los pasos de Jesús, nuestro minúsculo número, las limitaciones comunitarias y personales, las situaciones sin futuro, los grandes esfuerzos "que no sirven a nada", todo eso aparece bajo una nueva luz. Esa pequeñez encuentra, tras los pasos de Jesús, un sentido nuevo y se hace importante en su proyecto de salvación. De esta realidad, la Eucaristía es un signo por excelencia. La esperanza que deseamos a menudo más fácilmente para nuestros amigos, se convierte igualmente en válida para nuestro grupo.

Nuestras limitaciones de grupo ¿no contienen ellas una invitación a dar un paso más en la **comprensión de nuestra propia identidad**?

La historia de la Fraternidad ha conocido etapas, en unas estábamos orgullosos de nuestra vida modesta; hoy día, una gran modestia se nos impone para vivir una vocación tan valiosa. Por lo que a mí respecta, tengo ese paso por un verdadero progreso. ¿Por qué no descubrir en ello la mano del Señor que nos conduce suavemente hacia lo que tratamos de vivir? La fragilidad acerca a la Fraternidad de los grupos, pueblos y familias en angustia y desgarrados; pero ella les enseña también que ella recibe su vida de la mano del Señor, que tiene que pedírsela. A fin de cuentas, nuestro esfuerzo para el futuro de la Fraternidad tiene que desembocar en la oración. "Dar a conocer la Fraternidad" tiene que alimentarse de la confianza en Aquel que puede -si Él quiere- "enviar obreros". Ya que eso hace una enorme diferencia si finalmente nosotros esperamos nuestras vocaciones del poder de los medios de comunicación o incluso de nuestros "triumfos", o más bien de Aquel que "puede hacer surgir de las piedras a hijos de Abrahán" (Mt 3,9).

Os indico aún otra cosa a la cual el hecho de nuestra fragilidad me envía, y que no es menos significativo. Dios, al encarnarse en Jesús el Nazareno, eligió de forma consecuente, para salvar al mundo, el camino de los **medios pobres**, es decir, por el amor, la ternura, la paciencia, y no los del poder.

En la larga historia eclesial y profana, en la que la puesta en obra de "la Verdad" o de "lo Ideal" pocas veces se ha sentido molesta por emplear el poder y la fuerza bajo diferentes formas, nuestro "camino de medios pobres" incluso si nos es impuesto, ¿no puede engendrar, si lo aceptamos de forma positiva, un significado profético para la Iglesia y para el mundo? ¿No recordará que Jesús unió el conocimiento de "la Verdad" a este humilde caminar del amor, sin recurrir al poder político o a la violencia? Este humilde camino, ¿no puede señalar una realidad tan urgente y candente, pero rechazada casi constantemente por cada eclesiología: la puesta en cuestión del poder como media de la propagación de la Buena Nueva? La exigencia de la humildad, no solamente como una virtud individual, sino también como una marca de la vida y de las estructuras eclesiales.

Hablando del mensaje de nuestra fragilidad, permitidme una última observación, que es más bien una invitación a seguir la reflexión respecto al tema **"fragilidad - necesidad de seguridad"**. Habría que dar un paso más en el análisis de este ambiente general de miedo que marca nuestras sociedades, y de lo cual hablé anteriormente. Creo que ella tiene mucho que hacer con el orden económico mundial, planificado y querido, y que está transformando nuestro planeta (supresión del trabajo, empobrecimiento, migración de los refugiados, etc). No es sorprendente que los hombres, por todos sitios, estén cogidos por la angustia. Es humano y eso se comprende, y yo me doy bien cuenta de lo difícil que es hacer frente al miedo!. Pero ¿cómo reaccionar, cómo responder en cristiano? ¿Unir nuestras voces a todas esas melodías "aseguradoras"? A esas voces que, a fin de cuentas, confirman implícitamente este orden injusto que no solamente amasa dinero sino que divide a los hombres?

¡Que el compromiso de la Fraternidad se sitúe en otro lado! ¡Que su forma de vivir desenmascare las verdaderas fuentes del miedo y de la división; que ella no combata el miedo, el de nuestros amigos y el nuestro, con un salto al abrigo, sino por su compromiso en favor de una justicia mayor en el lugar concreto donde trabajamos y vivimos! ¡Que ella se oriente sobre la persona de Jesús para aprender a vivir lo que está en la raíz de una verdadera comunión humana!.

En la reunión de Windsor hablamos de **nuestra fragilidad** como de un

obstáculo, pero también reconocimos en ella **una suerte**. Es evidente que tenemos que comprometernos con mucha energía para que ella no se convierta en destructora. Además, si no nos escapamos de nuestra situación por una "puerta de seguridad", ella nos acerca a toda esa gente pequeña tan amada por Dios, con quienes luchamos, trabajando y rezando por la vida; allí es donde la Fraternidad encuentra su identidad. Ellos son los que nos enseñan a poner toda nuestra confianza en el Señor: es Él, y ninguna otra cosa, quien da a la Fraternidad su vida.

Que no olvidemos que el Evangelio es una historia vivida y contada por un grupo de hombres y de mujeres que humanamente fracasaron. No obstante aprendían a leer este fracaso en una luz nueva - pues Él, Jesús, ¡estaba "vivo"! Era también todo lo que ellos tenían, y seguidamente se pusieron en camino. Es necesario que, nosotros también, distribuyamos nuestra nada, como los discípulos nuestros cinco panes y nuestros dos peces, y eso bastará pues fue Jesús quien lo dijo! ¡Que aprendamos que nuestra seguridad está ahí! ¡Confianza y valor!